

CDU 301:711
60M

**SOCIEDAD HUMANA Y
URBANIZACION.**

Por Juan GOMEZ y GONZALEZ
DE LA BUELGA.

Serie II

**Ordenación del Territorio y
Planificación Urbana.**

N. 847

Madrid, 30 de abril de 1969.

SOCIEDAD HUMANA Y URBANIZACION (1)

Por Juan GOMEZ y GONZALEZ DE LA BUELGA

Doctor Arquitecto

INTRODUCCION DE LA SECRETARIA GENERAL TECNICA.

Resulta necesario una vez mas, insistir en un tema de tanta importancia como la relación biunívoca de Sociedad Humana y urbanización o sociología urbana la cual sigue una marcha ascendente a medida que la civilización aumenta en todos los países.

Siempre es preferible tener una visión de conjunto y conocer de donde proceden los problemas que entrar directamente en materia y resolver cuestiones muy particulares intentando con ello paliar o solucionar eventualmente una problemática muy específica en nuestras ciudades.

Concretamente en España, no se tomó conciencia de esta ligadura entre incipiente sociedad y urbanización, hasta los primeros planes de ensanche que se desarrollaron en las capitales más importantes de la nación como consecuencia del desbordamiento de crecimiento poblacional que en ellas se empezaba a producir.

No podemos olvidar que nuestro país, es uno de los más jóvenes de Europa en materia de urbanismo por no haber sentido una apremiante necesidad de encauzar los fuertes crecimientos demográficos que se venían observando en las grandes ciudades europeas, gracias a ello, todavía estamos a tiempo, de poder observar, estudiar y remediar los problemas que en todas las capitales del continente y las grandes ciudades se han venido produciendo. Tenemos la necesidad y obligación de estudiar nuevas formas de vida, con la gran ventaja de las experiencias que nos vienen

proporcionando otras ciudades y sociedades muy similares a las nuestras las cuales han pasado ya por la etapa en la que nos encontramos actualmente nosotros.

Hay procesos que irremisiblemente tenemos que enfrentarnos con ellos como el constante crecimiento de concentraciones humanas, el progresivo aumento de urbanización, la densificación de núcleos no preparados para ese fin, la infraurbanización, la constante emigración del campo al medio urbano, etc. pero ya conociéndolos y adivinando con certeza a donde pueden llegar si no los controlamos, es necesario siempre que podamos, poner en mesa de debate toda esta problemática e intentar buscar y adoptar las soluciones más convenientes.

También resulta penoso pero es un hecho bastante corriente el desinterés con que el ciudadano observa estos problemas. Normalmente toda persona que habita en una gran ciudad vive en ella pero no la vive. No existe participación activa en forma de comentarios, críticas, artículos, etc. por parte de los que hacen urbanismo y siempre es bueno recordar que dicha técnica es labor de TODOS.

Muchas veces, uno se siente orgulloso de vivir en su ciudad no porque vea claramente su ambiente y belleza sino por los comentarios que proceden de personas ajenas a la misma y las cuales la ponderan.

Es de capital importancia ir formando en todos nosotros una mayor conciencia urbanística

(1) Publicado en la Revista ARQUITECTURA, número 119, Noviembre 1.968.

y ver la necesidad de transmitirla y que la asimile la sociedad en la que nos desenvolvemos.

Las concentraciones urbanas al igual que la población que las habita es un organismo vivo, vibrante, que siempre debe evolucionar al ritmo de sus necesidades; no podemos ser meros espectadores en un programa siempre cambiante y realmente apasionante.

El texto que se reproduce en el presente Documento informativo, del que es autor Juan Gomez y G. de la Buelga, doctor arquitecto y subdirector general de ordenación urbana de la Dirección General de Urbanismo, estudia estos problemas con un punto de vista muy amplio; comienza con un panorama general analizando los crecimientos demográficos urbanos en especial el producido en España. A continuación

expone las fatales consecuencias de la urbanización masiva, exaltando la importancia del Urbanismo, los efectos circundantes que provocan las grandes concentraciones humanas, el problema de la densidad, y la circulación de vehículos.

Por último, hace referencia a la línea ideal a seguir en esta materia. De forma sucinta pero muy bien tratada muestra la labor de la Dirección General de Urbanismo, la importancia y misión de los Ayuntamientos y el cometido de la Gerencia de Urbanización y realizaciones hechas.

En el tratamiento de todo el tema Juan Gómez, con elocuente objetividad, infunde un renovado impulso a la importancia del Urbanismo animando a todos a tomar conciencia del problema que continuamente tenemos planteado y a ser optimistas, realistas, operativos y eficaces.

SOCIEDAD HUMANA Y URBANIZACION (1)

JUAN GOMEZ Y G. DE LA BUELGA
 Doctor-Arquitecto
 Subdirector General de Ordenación Urbana

PANORAMA DE LA MODERNA URBANIZACION

Cuando llamamos ciudadano al hombre estamos pensando en él como el elemento que, unido a otros, integra lo que se entiende por sociedad humana organizada. Pero este hombre es, como su propio nombre indica, el habitante de la ciudad. De donde se deriva la consecuencia de que los hombres, que inventaron la palabra "ciudadano", hace mucho tiempo que relacionan a la sociedad organizada con la ciudad, o dicho con otras palabras, que ésta es imprescindible para la formación de aquélla. La ciudadanía es un título que atestigua la filiación nacional del individuo, pero su etimología es clara como el cristal y parece dar a entender que el hombre de un país es el hombre que habita la ciudad.

Esto, si queréis, no son más que juegos de palabras. Pero juegos y todo, nos lleva de la mano al terreno que me había propuesto, y que va a ser el motivo de esta conferencia. El tema de la creciente urbanización de los países desarrollados, en los que, al fin y a la postre, su bien y su mal públicos no son ni más ni menos que el bien y el mal de sus ciudades. El binomio que preside la vida de los hombres del siglo XX es el binomio desarrollo-urbanización. No hay desarrollo sin urbanización ni urbanización sin desarrollo en las sociedades industrializadas y, por tanto, en las que van camino de llegar a serlo algún día, como la nuestra.

Pero esta urbanización ¿qué es en definitiva? Podríamos decir que es la concentración de los hombres de la sociedad del siglo XX en asentamientos que llamamos ciudades, conglomerados de ciudades, regiones urbanas, conurbaciones, que se han formado porque los hombres están buscando desde siempre y ante todo el

amparo colectivo, la mutua protección, el intercambio comercial y cultural, y muchas otras cosas de las que carecían en la soledad o el aislamiento.

Así, frente al tremendo poder de la multiplicación demográfica, las gentes procedentes de todas partes tienen tendencia cada vez mayor a concentrarse en unos pocos puntos de cada país, aquellos puntos que son, ante todo y sobre todo, mercados de trabajo, centros de producción y consumo donde a la hora de perder una colocación no es demasiado difícil encontrar otra para sustituirla.

Y esto de la concentración humana será bueno o será malo, pero es, sobre todo y ante todo, y ante una ley como esta ley inexorable, el destino de la civilización industrial, no cabe torcer el gesto ni desesperarse.

¿Cómo se realiza esta concentración humana, que tantos quebraderos de cabeza le viene dando a los urbanistas, a los sociólogos, a los economistas y a los políticos?

Primero y fundamentalmente, en virtud de un éxodo masivo sobre las ciudades de las gentes procedentes de las zonas deprimidas en los países, que acuden a ellas en busca de mejores horizontes para su vida. Este fenómeno es universal, pero se presenta con claridad meridiana en España, donde grandes sectores del campo aún deben considerarse desgraciadamente como zonas deprimidas.

El proceso de los movimientos migratorios se manifiesta como un transvase interregional extraordinariamente complejo, con desplaza-

(1) Texto de conferencia dada en la Universidad de Valencia.

mientos masivos de unas regiones sobre otras, acompañados también de los movimientos de las provincias sobre sus capitales, pero siempre la meta final es una ciudad o un sistema urbano más complejo, como veremos más adelante.

Esta explosión urbana de los tiempos modernos es consecuencia del cambio de escala en el que nos movemos los hombres de la sociedad industrial, y al intenso crecimiento demográfico de la Humanidad.

La población mundial crece a un ritmo aproximado de un 2 por 100 anual, lo que lleva a la fabulosa consecuencia de que sólo en los treinta próximos años van a nacer tantos hombres como los que existen hoy en día sobre la tierra, para lo cual han sido necesarios quinientos millones de años de existencia humana.

Este crecimiento medio es aún más fuerte en los países infradesarrollados del mundo, lo que agrava evidentemente los problemas del futuro de la Humanidad. Cifrándonos solamente al mundo occidental, marco de nuestra cultura, el crecimiento es bastante menor. Los países más avanzados industrialmente presentan índices que rara

mente superan el 1 por 100 anual, media que también es válida en líneas generales para el crecimiento español.

La población crece, pero se va distribuyendo en los países, concentrándose sobre determinadas áreas metropolitanas, que cada vez se densifican más. Sobre ellas incide el flujo de la inmigración unido a su propio crecimiento vegetativo, dando unos índices, esto sí, mucho más espectaculares de crecimiento. Las zonas urbanas concentran partes muy importantes de la población de los países, en abrumadora superioridad sobre las zonas agrícolas.

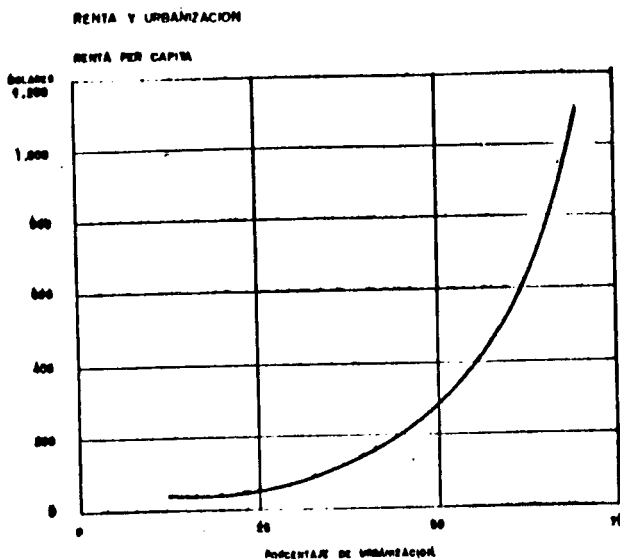
En EE.UU. el 70 por 100 de la población vive en áreas urbanas, y en Inglaterra, país el más urbanizado del mundo, hasta el 80 por 100. Otros países de gran tradición rural, como Francia, concentran ya sobre sus ciudades cerca del 60 por 100 de su población total. En España estamos ya en la misma cifra que en Francia, y por cierto es porcentaje que ha evolucionado con gran rapidez, pasando sólo en los treinta años últimos desde un 40 por 100 a cerca de un 60 por 100.

Grandes regiones metropolitanas del mundo concentran a su vez sobre ellas una gran parte de la población de su país. El Randstad holandés, anillo que incluye las grandes poblaciones de Amsterdam, Rotterdam y La Haya, enlazadas ya entre sí por una gran nebulosa urbana, posee el 40 por 100 de la población nacional.

La gran área metropolitana de Tokio-Yokohama, con 23 millones de habitantes, soporta un 30 por 100 de la población japonesa sobre un territorio de 20.000 Km².

En España, donde el fenómeno de la urbanización ha llegado más tarde que en otros países del occidente industrial, sin embargo ésta se presenta con una enorme fuerza de expansión.

En el año 1.965 ya se censaron 12 millones de habitantes situados en torno a 24 áreas metropolitanas, nuestras más importantes concentraciones urbanas, que -no lo olvidemos- serán en adelante el escenario preferente de la actividad española. Este ramillete de áreas urbanas, con poblaciones que oscilan desde los tres millones de habitantes de Madrid hasta los 130.000 de Pamplona, va a ser objeto de un enorme crecimiento demográfico en los años que median



La curva, obtenida por extrapolación entre múltiples casos estudiados, indica la relación que existe entre la renta individual de los países y su grado de urbanización (entendiendo por tal el porcentaje de población que vive en áreas urbanas).

desde hoy a fin de siglo, en que podrán reunir cerca de 30 millones de habitantes, lo que equivaldría al 80 por 100 de la población urbana española de dicha época y a un 65 por 100 de la total.

Nuestros compatriotas del año 2.000, que sólo están a la misma distancia en el tiempo de nosotros que el final de nuestra guerra civil, estarán en condiciones de disfrutar de un elevado nivel de vida, más o menos como el de los países más industrializados de Europa, constituyendo en sí lo que los economistas llaman una sociedad de consumo consolidada. Este feliz horizonte del fin de siglo español no parece demasiado aventurado suponerlo garantizado si la era de paz se prolonga como hasta aquí, pero nuestra preocupación debe ser entonces la de intentar adivinar si en tales circunstancias nuestra vida o la de nuestros descendientes va a desenvolverse dentro, sí, de esos elevados niveles económicos, pero inmersos al mismo tiempo en el magma confuso y aterrador de la urbanización desorganizada.

¿Qué es esto de la urbanización desorganizada? Podríamos ser fatalistas y contestar diciendo que el resultado de toda agrupación humana de signo metropolitano, si no fuera porque no acabamos de renunciar a la idea de que la sociedad humana es capaz de encontrar los medios necesarios para evitar ese final, al que, sin embargo, han llegado inevitablemente tantas y tantas grandes ciudades de nuestro ancho mundo.

Nuestra ventaja sobre esos otros países más adelantados que nosotros en el desarrollo es precisamente la de poder mirarnos en ellos para intentar evitar los males en que han caído por el hecho de ser los pioneros de tal desarrollo en la historia del mundo. Nosotros tenemos ya perspectiva histórica y elementos para analizar como espectadores la confusa situación de sus conglomerados urbanos en los que se desenvuelve la cada vez más angustiada vida de sus habitantes. Tenemos datos para hacer la disección anatómica de esos cuerpos urbanos deformados por un precipitado crecimiento incontrolado, extrayendo de tal análisis las consecuencias precisas para poner a contribución los medios de que tales no se produzcan en nuestro país, que, como se sabe, se encuentra a su zaga, tras haber traspasado la anhelada barrera de los quinientos dólares por cabeza.

El hombre medio español, el hombre más significativo que suele ser el sujeto de los estudios

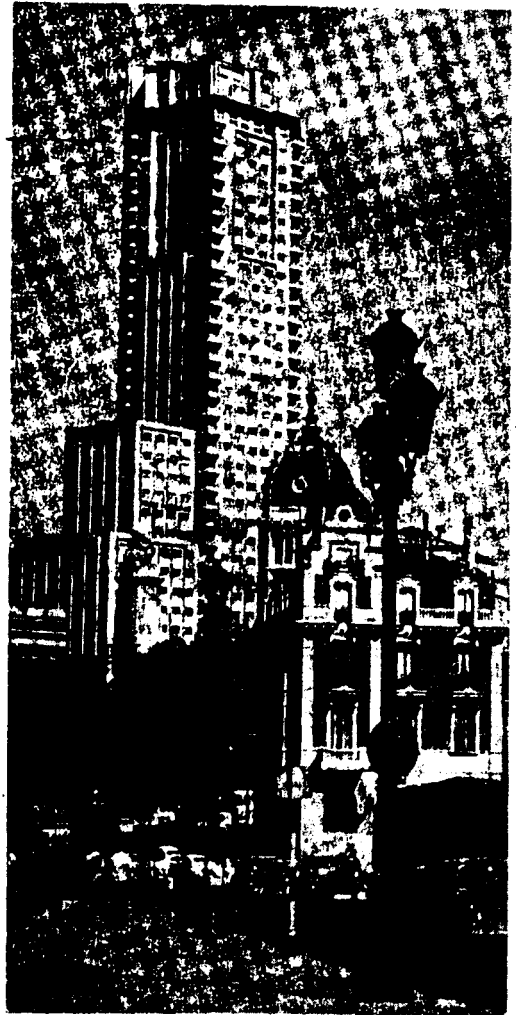
generales y para el que se investigan las soluciones más idóneas, es un hombre que a principios de siglo vivía en el campo. Efectivamente, de una población total de 18 millones de habitantes, sólo seis vivían en un medio urbano. Este ciudadano medio -poco ciudadano según la acepción literal de la palabra- poseía un bajo nivel de renta y no podía satisfacer sino sus muy escasas necesidades. Su vida, sin embargo, se desenvolvía en un medio tal que hacía posible, por un lado, el contacto con la Naturaleza, y esto de forma exhaustiva, y, por el otro, la convivencia social en torno a ese ágora estupenda que era la plaza del pueblo, donde se tomaba el sol y se charlaba frente a un chato de vino hasta agotar la saliva.

Pues bien, desde nuestro ángulo actual es evidente que este hombre medio, ese español de 1.900, no había comenzado todavía a emprender el camino del desarrollo moderno. En algunas regiones empezó a apuntarse por entonces tímidamente la industrialización, que en países como Inglaterra había comenzado cincuenta años antes. Con diferente fortuna, los hombres de las distintas regiones españolas siguieron sentando las bases de lo que habría de ser la urbanización futura al llevar lo más activo de cada una a los medios urbanos históricos, sobre los que iban a empezar a desenvolverse los sectores secundario y terciario: Barcelona, Bilbao, Madrid, Valencia... La confusa situación de los primeros momentos, con el aluvión de tantas gentes desarraigadas de su propio medio, creó el caldo de cultivo en que se cocieron las turbulencias políticas, fruto de una falta absoluta de equilibrio en la dosificación de los componentes sociales del nuevo medio urbano.

Sólo después de nuestra guerra civil, en la década de los años 40 al 50, nuestra población se equilibró entre los medios rurales y urbano. Hubo un tiempo en que por cada español que vivía en el campo otro vivía en la ciudad. Y a partir de entonces comienza el reinado en España del "hombre urbano". Es el hombre que vive en la ciudad, que en estos momentos todavía tiene la posibilidad de vivir en una ciudad de tipo medio, en la que aún no se han manifestado los síntomas feroces de la urbanización masiva. Pero veréis que Esas ciudades son precisamente las de más bajo nivel medio de renta. El hombre español de la nevera, del televisor, del coche utilitario, es el hombre de la metrópoli, y el precio que va a pagar por esos juguetes va a ser la incomodidad, el desasosiego, las prisas, el aire viciado, el tiempo perdido en desplazamientos y muchas enfermedades que antes no conocía.

¿Es éste un destino inevitable, al que estamos abocados sin remisión los hombres de nuestra era, como un nuevo tipo de purgatorio en vida? Creo que la contestación debe ser no, pero siempre que los hombres sean capaces de tomar conciencia del peligro con valor, enfrentándose a él con convicción, y aún miran a quienes hablan de estos temas como seres de otro mundo empeñados en enfrentarse tan sólo con los fantasmas de su cerebro. El urbanismo, que es una nueva causa por la que luchan unos pocos, no es desgraciadamente comprendido por todos. Este llamamiento va dirigido a todos los hombres que viven y sufren la ciudad moderna, integrándola, pero particularmente a quienes componen el estamento minoritario del que cabe esperar las decisiones importantes. Técnicos, hombres de empresa, políticos, intelectuales, etc., de todos los cuales el país debe exigir una postura generosa y abierta cuando se ventilan problemas del futuro de la ciudad. Porque efectivamente, ya os dais cuenta que generalmente todos decimos que sí a las sugestivas teorías de los urbanistas cuando se habla en términos generales, pero lo difícil, lo realmente positivo, es adoptar igual actitud cuando para decir que sí frente a un problema ya concreto que está en juego es necesario violentar algún tipo de interés privado que se cruza en el camino.

Porque los intereses privados son muy respetables, pero no olvidemos que el interés colectivo debe prevalecer siempre, y si cuando se plantea el dilema el que triunfa es el interés privado o bien hasta otro tipo de interés, que podría también presentarse como general, seguro que se produce un obstáculo más en el camino del desenvolvimiento ordenado en el futuro de la ciudad. Y así, poco a poco, es como se va construyendo el desorden. Un ejemplo expresivo puede ser el edificio, desgraciadamente bastante frecuente en los últimos años, en el cual se da un exceso de volumen sobre el normalmente consentido por las Ordenanzas de aplicación. En la consumación del hecho concreto de su edificación han intervenido muchos hombres cuya actuación ha sido siempre decisoria; técnicos, proyectistas, empresarios, promotores, propietarios del suelo, empleados de la administración que han ido dándole paso poco a poco. Todas han actuado esgrimiendo banderas de colores más o menos atrayentes: las de que el edificio en cuestión puede ser un orgullo para la ciudad, que va a resolver un problema de viviendas o bien el argumento social de que se va a mitigar el paro. Pues bien, con ese edificio hoy, con otro mañana



EL RASCACIELISMO

Este edificio, con su compañero de la Plaza de España de Madrid, son los que desencadenaron en la mayoría de las ciudades españolas el deseo de emulación en la carrera del número de plantas. Y ello fue consentido siempre, pese a los planes y ordenanzas, que no los autorizaban. La ceguera de las gentes que pensaban hacer un buen servicio a sus ciudades ha producido los nefastos resultados de las dificultades circulatorias que hoy se padecen y a las cuales estos edificios contribuyen de forma importante.

y otro al día siguiente, y con todas las demás cosas que vamos a tratar de ver porque quiero hablarles de los más importantes problemas urbanos, se va tejiendo el comprometido futuro de la ciudad inhabitable que vamos a legar a nuestros hijos.

LOS "MALES" DE LA URBANIZACION

Puede decirse que la ciudad en fuerte desarrollo es objeto de lo que podrían llamarse tensiones vitales, que, actuando a su antojo y con anarquía, pueden producir los efectos más perniciosos, dando al traste con los últimos vestigios de la urbe equilibrada y amable, la ciudad a la medida del hombre. Así van apareciendo las conocidas enfermedades urbanas, como son los suburbios, los crecimientos lineales a lo largo de las carreteras, la supercongestión de las zonas centrales, la desaparición de las zonas verdes y tantos otros que cabría enumerar y cuya última consecuencia es sólo una, y la que realmente importa: la fatal deshumanización de la ciudad.

Todos estos fenómenos patológicos se producen fatalmente en las ciudades con mayor o menor virulencia según la importancia de aquélla y del impacto de desarrollo a que se ve sometida en cada caso, pero en todas ellas es reconocible y sus efectos tienen que ser soportados por sus habitantes, que se ven precisados a vivir una ciudad con crecientes incomodidades, algunas de las cuales no son apreciadas de momento, pero cuya gravedad aumentará con el paso del tiempo.

Consecuencia de estos desarrollos anárquicos son los crecimientos en mancha de aceite de las ciudades, con sus zonas suburbanas, carentes de urbanizaciones adecuadas, y también la excesiva densificación de las zonas centrales, donde se encuentra la única oferta de solares, que por ello han de pagarse a precio de oro, y con la aparición de los problemas derivados de la circulación rodada, que engendra precisamente esa excesiva concentración urbana.

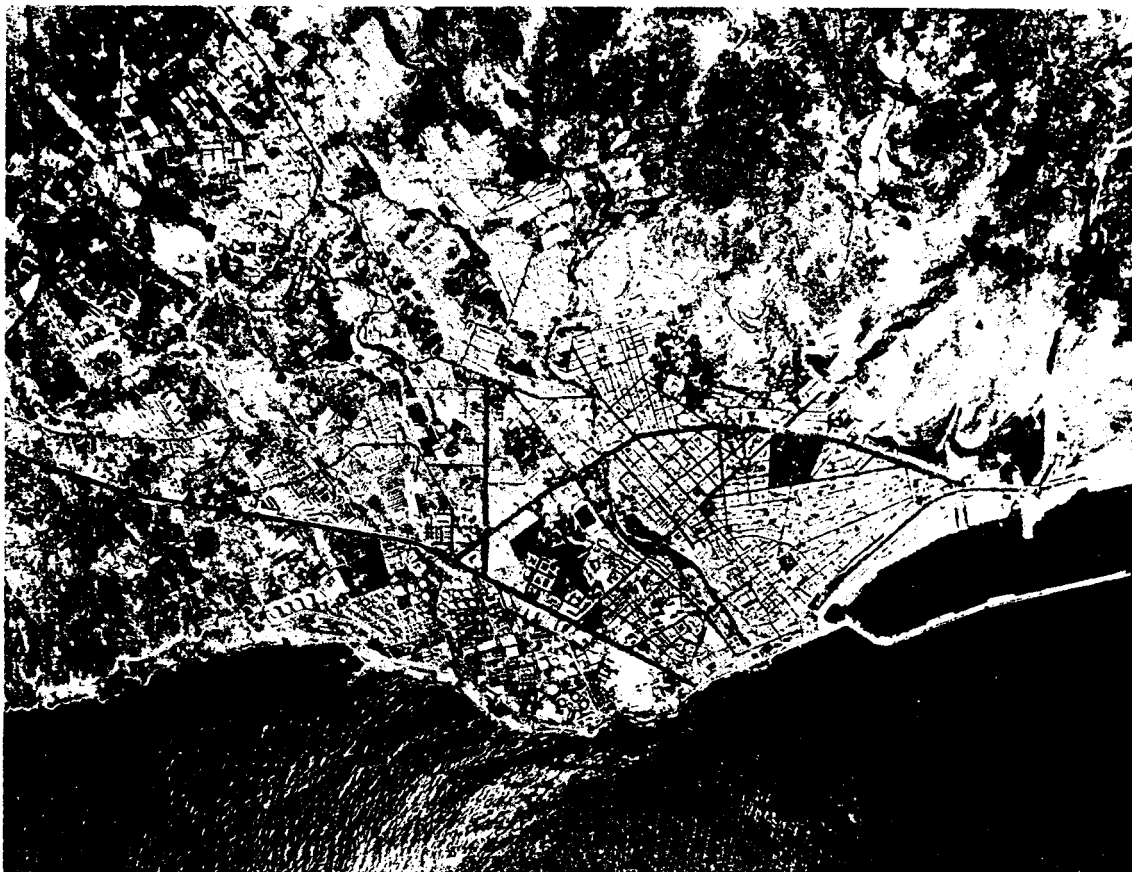
Las ciudades contemplan con satisfacción su propio crecimiento, que aparentemente es indicio de buena salud, pero a nadie se le oculta que el momento más delicado del organismo es el del desarrollo precipitado, período en el que está más expuesto a contraer enfermedades que pueden tener consecuencias fatales. Por ello en esos momentos es en los que se hace necesario extremar los cuidados con una profilaxis acertada.

Las ciudades, que también son organismos vivos y como tales se comportan, necesitan cada vez mayores cuidados y vigilancias en la ordenación de su desarrollo para evitar que los hombres que la viven se conviertan en sus víctimas. El análisis de los problemas que son consecuencia de la urbanización es tarea harto compleja y no puede ser en ningún caso el objetivo de una conferencia, porque no ha de caber, pero sí es posible destacar algunos de los más señalados con intención de deducir alguna enseñanza positiva.

Como sobre una pieza o elemento material destinado al trabajo mecánico se produce sobre la ciudad en desarrollo un sinnúmero de tensiones que la modelan y configuran. El pueblo tranquilo, que seeste en el tiempo sin evolución alguna, está libre totalmente de esas tensiones. A veces los efectos que padece son, por el contrario, distensiones que producen la conocida depresión, cuyos resultados es el vaciamiento. El pueblo se deshace y va languideciendo. Amplios sectores se arruinan: se vienen abajo corrales y graneros. Los huertos quedan sin cultivar. Sus hombres han emigrado en busca de otros horizontes.

En el otro extremo está la ciudad en fuerte desarrollo. Su vitalidad se debe generalmente al trabajo, a la actividad de sus habitantes, sea como consecuencia de ser el centro de una rica comarca agrícola, bien la cabecera de un área comercial importante, porque su razón de ser sea la existencia de una base económica industrial o porque dispone de un espléndido sol y una mejor playa que atraen a los turistas como la miel a las moscas. Es el hecho que la prosperidad de las zonas urbanas es cada vez más grande y generalmente tanto mayor cuanto más calificado sea el potencial humano de que dispone.

Pero toda esa bulliciosa actividad de sus hijos se convierte en tensiones que actúan sobre la piel de la ciudad. Es la vida misma que avasalla cuanto se opone a su paso, teniendo un servidor solcito y poderoso en el mercado, que tiene siempre presta la mercancía propicia para cada exigencia. Llegan las oleadas de campesinos que acuden a la ciudad, y sin dilación aparece la oferta de unos terrenos que no son sino el peor trozo de campo que hay a la espalda de la urbe para que el emigrante levante clandestinamente su modesta vivienda. Así nace el suburbio triste y miserable que pone cerco de vergüenza a todas las grandes urbes mundiales. No faltan casos, como el de algunas ciudades españolas, que habiendo sido sujetos de este fenómeno años atrás, al que no supieron o no pudieron hacer frente, se enfrentan hoy con la opción de tener que proceder a gastar sumas enormes en operaciones



SANTA CRUZ DE TENERIFE

Caso típico de ciudad cuyo desarrollo es físicamente muy difícil. Al Sur el mar, al Norte las montañas, y al Oeste la refinería y los suburbios. Es por aquí donde únicamente podrá labrarse la salida, mediante costosas operaciones de remodelación.

de remodelación y saneamiento de este tipo por encontrar que sus suburbios están cerrando la única puerta posible de su crecimiento, que hoy es necesidad vital para su prosperidad urbana, y han de hacerlo por no perecer asfixiadas.

Este mismo tipo de tensión, producido por la demanda acuciante de viviendas modestas en determinados momentos históricos, si bien con otro nivel no tan bajo como el de las zonas

suburbanas, produce lo que pueden llamarse los sectores infraurbanizados de las ciudades, que en una medida mayor o menor componen una gran extensión en todas las superficies urbanas.

Con diferencias nada más que de escala, según sea el conjunto urbano examinado, la infraurbanización es una lacra que aparece en todas o casi todas las ciudades del mundo. Desde un avión el espectador puede reconocer en las

ciudades con toda facilidad los cascos antiguos, los ensanches ordenados cuando los hay, y el desorden confuso y enmarañado de las áreas infraurbanizadas que se extienden hectáreas y hectáreas, generalmente como tentáculos, buscando el apoyo de algunas carreteras como único recuerdo caricaturesco de lo que debería ser la urbanización de que carecen total o parcialmente. Son los barrios interminables de los alrededores de tantas poblaciones, donde las calles se entrecruzan como al azar, levantándose un chalet junto a un almacén o una cuadra, que a su vez es vecina de una casa de vecindad, sin asomo de pavimentación o de saneamiento, o teniéndolo rudimentario, y en donde la pretensión de orientarse buscando un determinado objetivo es el empeño más inútil del mundo. Estas áreas infraurbanizadas aparecen o bien porque las ciudades han carecido del planeamiento físico adecuado o bien porque, aun teniéndolo, se han visto desbordadas y se les ha escapado el control en un momento crítico de su existencia. Otras han conseguido que la edificación se produzca al menos siguiendo cierto orden elemental de alineaciones de calles, si bien careciendo de los servicios urbanos indispensables en todo o en parte.

El precio a pagar en todos estos casos es el de costosas remodelaciones y obras de reforma socialmente impopulares.

Según datos recopilados por el Ministerio de la Vivienda para la Comisión de Estructuras Urbanas del II Plan de Desarrollo, el valor del déficit que existe en nuestras ciudades, diferencia entre la realidad urbanística actual y la mínima considerada como indispensable, es de cerca de 140.000 millones de pesetas. Se ha estimado necesario ir absorbiendo este déficit en plazos prudentes, y todo ello sumado al valor del nuevo suelo urbanizado que es preciso crear, dió una cifra de coste de 34.000 millones de pesetas anuales. Frente a esto, la inversión realizada en el año 1.967 fue de sólo 17.000 millones, es decir, la mitad de lo necesario. Ya se comprende que para salvar este fuerte desequilibrio es preciso desarrollar un gran esfuerzo y arbitrar los medios económicos para dotar suficientemente a los Ayuntamientos y demás órganos urbanísticos. Como puede apreciarse, cabe abrigar fundadas esperanzas de que esta situación cambie, en base a la atención que evidentemente ha sido prestada a esta trascendental inversión social en el Proyecto del II Plan de Desarrollo.

Pero la actividad de la ciudad no se produce sólo sobre ella misma, sino que cuando es muy

fuerte repercute sobre amplias áreas circundantes, de extensión proporcional a la intensidad de vida activa de aquélla y a su importancia demográfica. Estas áreas pueden incluir a veces dentro de su perímetro otros núcleos que generalmente tuvieron un origen agrícola y que han pasado a quedar inmersos bien en la propia ciudad por su avance superficial físico, bien en su esfera de influencia desarrollándose al calor de nuevos impulsos que le llegan de la capital. Su nueva actividad demográfica es inducida, y pasan a actuar como colaboradores en el desarrollo del conjunto urbano.

Para la región de Moscú, con nueve millones de habitantes, se suele dar la extensión de 15.000 Km², toda ella inducida por la capital, que sólo cuenta con la mitad de la población total. El resto se reparte entre núcleos y poblaciones, algunas históricas, otras de aluvión, y entre ellas la característica infraurbanización diseminada.

La región metropolitana de Nueva York es la más característica, con 22 condados cuajados de grandes poblaciones, hasta un total de 16 millones de habitantes. Entre ellos ese magma interestelar inconfundible y confuso de la edificación diseminada.

En España, y a nuestra escala, tenemos ya algunos ejemplos con el efecto inducido que provocan nuestras ciudades más importantes sobre sus territorios circundantes. Otras ciudades, que hasta hace bien poco eran aisladas urbanísticamente hablando, como es el caso de Sevilla, han empezado a producir también efectos inducidos secundarios, y hoy podemos hablar claramente de 30 áreas metropolitanas todas las cuales están en estudio de planeamiento más o menos avanzado, una gran mayoría de ellas con la ayuda técnica y económica de la Dirección General de Urbanismo.

El peligro, como se puede apreciar, es múltiple, pero en este caso a que me refiero ahora se concreta en la inmensa extensión superficial, afectando a una cantidad enorme de municipios, entre los que no suele haber relaciones muy cordiales y que no son generalmente propicios a una auténtica coordinación, cuanto menos a una subordinación a un organismo que atienda a tan elemental necesidad colectiva. La presión de la edificación se hace a veces intolerable, y una vez más la vida arrolla todas las barreras que se oponen a su paso para provocar al final su propia destrucción por vía de la enfermedad urbana, que en este caso se llama edificación diseminada.

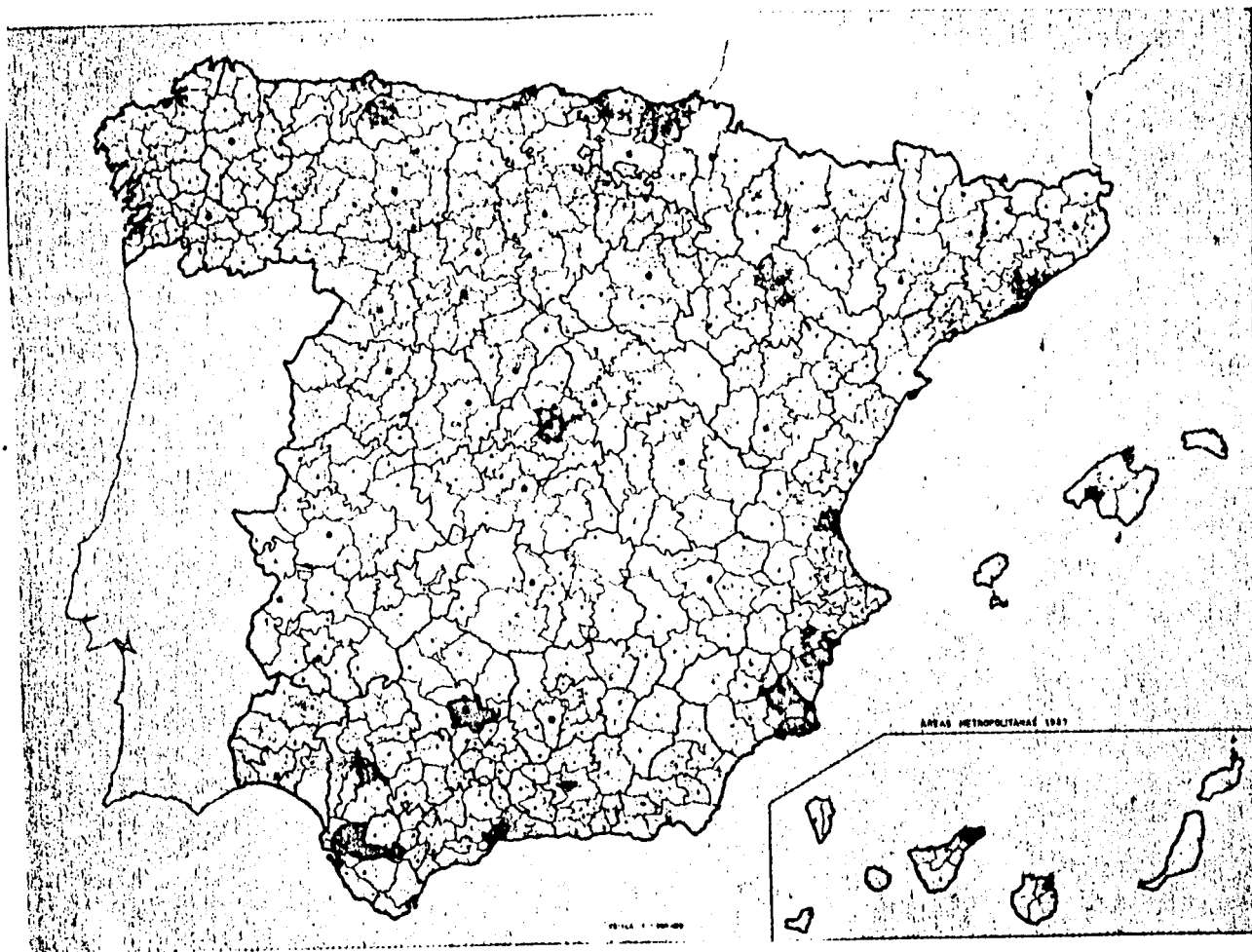
¿Qué sucede mientras tanto en las zonas centrales de las ciudades de fuerte desarrollo? El proceso ha sido exhaustivamente analizado en

muchas grandes ciudades del mundo y parece desarrollarse con características parecidas en todos los casos. Proceso es éste cuyas consecuencias fatales pueden evitarse o mitigarse al menos en países como el nuestro, donde se ha iniciado hace no muchos años y podemos aprender precisamente de la experiencia ajena.

La presión económica, y esto se ve al analizar el mercado del suelo, es concéntrica y tiene sus puntos máximos precisamente en las áreas más centrales donde los precios de los solares alcanzan los más altos niveles.

Ya se sabe que la edificación de los centros de las ciudades es del tipo que se conoce con el nombre de intensiva, con máximo aprovechamiento, construyéndose los edificios entre medianerías y con alturas que generalmente se regulan en función al ancho de la calle. Este sistema es ya clásico, y lo hemos recibido heredado de nuestros antepasados; evidentemente se llegó a él de una forma natural, lo que se explica por su elementalidad. Los propietarios del suelo cedían la parte

correspondiente a la calle que abría el Ayuntamiento y sobre lo que le quedaba de parcela podía elevar un edificio a máxima ocupación. Poco a poco se fueron promulgando ordenanzas que trataban de limitar este aprovechamiento exhaustivo, pero en la lucha con la presión del mercado del suelo siempre llevaban aquéllas la peor parte. Cuando se proyectó por Castro el ensanche de Madrid, generalmente conocido por barrio de Salamanca, el autor propugnaba unas condiciones de edificabilidad que suponen la mitad del volumen, que va camino de consumarse, y esto por el estilo en todas partes. Esta edificabilidad altísima que pesa sobre los centros de nuestras ciudades y sobre muchos de sus ensanches, en los que se siguió el camino fácil de aplicar el mismo sistema, lleva a producir densidades de hasta 1.000 habitantes por Ha., lo que es tanto más grave cuanto mayor sea la extensión superficial del área que soporta dicha densidad. Si las densidades altas se mantienen en amplias zonas de la ciudad, se producen los conocidos problemas derivados de aquéllas, que son la congestión del tráfico, la contaminación



LAS ÁREAS METROPOLITANAS DE ESPAÑA.

En este mapa se señalan las áreas en las que se concentra el grueso de la población urbana española. Ello significa 13.600.000 habitantes, que para el año 2.000 se habrán convertido en 27.000.000.

del aire y el déficit de los servicios de equipamiento comunitario y atenciones sociales, todo lo cual va haciendo la ciudad cada vez más incómoda e insufrible.

La circulación de vehículos de motor se produce en virtud de unas leyes que se analizan perfectamente y son conocidas, pero una cosa es probablemente comprensible por su enorme lógica: la generación del tráfico se produce en los propios edificios de la ciudad, y, por consiguiente, a mayor volumen de edificabilidad mayor caudal de tráfico por unidad de superficie. Es decir, que si en las zonas centrales de las ciudades ya generalmente congestionadas por una circulación agobiante, continúa edificándose hasta el límite que señale el potencial admisible según las Ordenanzas, y, por otro lado, se sigue produciendo el aumento del parque de vehículos; como es de esperar, como consecuencia de la permanente elevación del nivel de vida de los españoles, llegará un momento en que será necesario recurrir a medidas extremas, como suprimir totalmente la circulación de vehículos privados por falta de capacidad de las vías urbanas para soportar los vehículos en movimiento. Y esto en pequeños sectores será tolerable, pero si se trata de grandes extensiones, podrá suponer a la larga hasta la necrosis de los propios tejidos urbanos por falta de riego circulatorio y, por tanto, el abandono y la ruina de partes vitales de la ciudad.

Este tenebroso panorama futuro, unido a la falta de espacios libres, de zonas de esparcimiento, áreas escolares y demás tipos de equipamientos comunitarios imposibles de crear en tales zonas de alta densidad, las convertirá en inhabitables porque se le ha escamoteado a los hombres que la habitan hasta el último metro cuadrado de superficie.

POLITICA OPERATIVA DESEABLE

La tercera parte de esta conferencia he querido destinarla, por un lado, a señalar cuáles son los medios de que disponemos para mitigar en unos casos y resolver en otros los graves problemas que se ciernen sobre nuestras ciudades, y, por otro, a hacer un llamamiento a todos quienes de una u otra forma tienen, aunque ellos no lo quieran creer, alguna responsabilidad en las áreas urbanas a través de las cuales se va modelando nuestro entrañable hogar colectivo. Quiero con ello dejar constancia de que el panorama de pesimismo que se desprende de todo cuanto he dicho hasta aquí no debe

abrumarnos ni considerar que los problemas actuales de las ciudades son insuperables. El camino único que existe es el de no desfallecer para librar la batalla diariamente en pequeñas escaramuzas detrás de la mesa de trabajo de cada uno. Tampoco la victoria será espectacular, pero no importa siempre que haya algo que oponer cada día al desarrollo de las enfermedades urbanas.

Lo importante es tener fe y tomar conciencia de que todo esto es importante. De que el urbanismo no lo hacen sólo unos pocos, ni sólo los equipos técnicos que redactan los planes, ni tampoco las autoridades que los aprueban. El urbanismo se hace con todas y cada una de las pequeñas acciones, e incluso omisiones que a veces de forma indirecta pueden tener repercusiones insospechadas en el futuro de la ciudad.

Es fundamental entonces que todos los hombres cuya influencia puede dejar sentir sus efectos sobre la ciudad, promotores, constructores, propietarios, técnicos, autoridades, juristas, etc., conozcan, ante todo, lo que es bueno y lo que es malo para ella, y se sientan comprometidos en la tarea de cuidarla como si de algo suyo se tratara, lo cual no es más que la pura verdad. Sus hijos van a agradecerse, pues serán mañana los habitantes de la ciudad que él ha ayudado a edificar o a destruir.

Inglaterra, país donde la urbanización empezó a producirse antes que en ningún otro en virtud de la industrialización del siglo pasado, puede decirse que también fue la cuna del urbanismo como ciencia, que trató desde el principio de enfrentarse con los nuevos impactos que golpeaban sin piedad las ciudades históricas mediante la aparición sorprendente por familias, -viviendo en condiciones infrahumanas si se tomaba como patrón el modelo tradicional del "habitat" campesino.

Desde entonces los países han planificado las ciudades y han promulgado leyes para regular las nuevas actividades urbanísticas. Una nueva ciencia se ha desenvuelto a lo largo de todo un siglo especulando sobre materia tan comprometida como la teoría de la ciudad. Cientos de escuelas y de teorías han defendido en todo ese tiempo sus diferentes puntos de vista, tratando de montar las bases de una ciudad ideal. Pero esta ciudad ideal generalmente no pasaba de ser una utopía en un libro en la mente apasionada de alguien. Sin embargo, gracias a todos estos visionarios, algunos hombres han llegado a decidir

